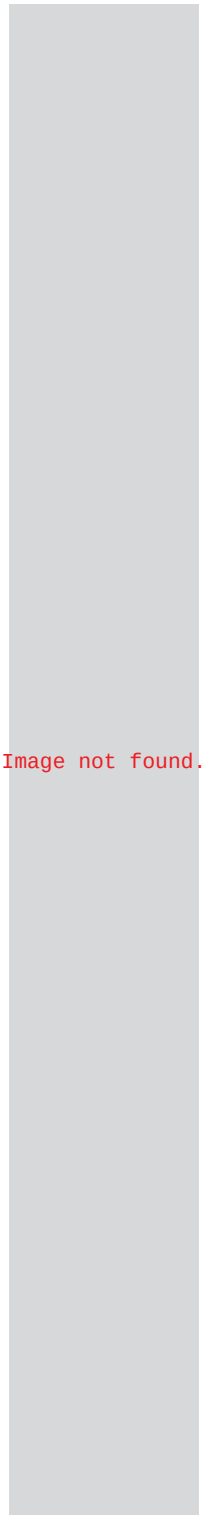
Cosas mundanas.

Josan Merino



Capítulo 1

A la máquina de escribir de mi niñez.

En la comisura, antaño brillante,
se nota el desgaste de manos.
Cien dientes perfilados,
rechinan en tu boca oscura,
escupen pensamientos
que ocupan traqueteos sincopados.
Tañe la campana al final de vía,
carretea el tren de corto recorrido.
Suena siempre tu canción de tambores cercanos,
tamborilean los dedos en tu regazo.
El meñique, remolón,
siempre ha de ser repasado.
Y si han de decirte las cosas por duplicado,
enrosca el papel de calco con cuidado.

¡Oh, bombilla!.

Mi pequeño sol renacido,
encerrado entre vidrios delgados,
reluciente calva luminosa.

Das luz a los rincones de mis libros,
y aunque pende tu vida siempre de un cable
respondes presta al estímulo eléctrico.
No hay cuarto oscuro que se te resista
pues navegas negrura adentro
para vencer con tu preñado fulgor,
con tu filamento incandescente,
con tu retorcido corazón.
Hoy quieren, vieja amiga, arrinconarte
otras blancas panzudas de gélido brillo,
dejarte en los estantes del olvido
y desconectar tu cobre de vida.

Al felpudo de mi vecino.

Nunca tendrás a tus pies el mundo,
vives pegado a la seguridad del terreno.
Velludo amigo de los pasos entrantes,
mullida despedida de las visitas.
¿Quién repara en tí? ¿quién acaricia
tu césped artificial?.
Primo lejano de las alfombras voladoras,
familiar de las esteras,

cantas tu frufrú dislocado

frente a las puertas

de un cielo equivocado.